

2. EN EL CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD DE DEUSTO (Bilbao, 5 de junio de 1987)

GUÍA PARA LA LECTURA

I. PRESENTACIÓN

La Universidad de Deusto clausuraba su centenario con una cadena de actos académicos con los que la Universidad se proponía hacer una “profunda *meditación sobre sí misma* y sus tareas esenciales” para proyectarse más lúcidamente hacia el futuro; la culminación de tales actos académicos fue una serie de lecciones sobre “*el hombre del futuro como sujeto económico, cultural, político y religioso*”. En este contexto, el P. Kolvenbach fue invitado a poner el broche de oro a la serie de actos académicos y con ello, a clausurar el centenario mismo. Su discurso –más bien, su lección magistral– se inscribe ese un horizonte de reflexión sobre “*la idea de universidad*” desde una preocupación temáticamente *humanista*.

II. PARA LA REFLEXIÓN

II.1. LA “IDEA” DE UNIVERSIDAD.

Con estilo cuidadosamente académico, dejando traslucir su especialidad de lingüista, Kolvenbach aborda uno de sus temas favoritos: la *Idea de Universidad*. A partir del ensayo del mismo nombre de J.H. Newman analiza el *cometido esencial* de la universidad en general, y de la universidad católica y jesuítica en particular; el foco de su interés se centra en la *interdisciplinaridad* como mecanismo válido para recuperar la unidad fragmentada del saber.

La “*Universidad*” nace de la apropiación del “*Studium generale*” por parte de la “*universitas*” –una de las gildas medievales. Nace con la pretensión de ser “el lugar de una ciencia que es universal”.

Ahora bien, unidad y universalidad del saber parecen hoy aspiración anacrónica, dado que la sociedad industrial impone su exigencia de especialización, de la que se deriva una inevitable fragmentación de los saberes. Por otra parte, esta “ultracentrifugación” del saber se ha unido a “la lenta pero segura sustitución de lo razonable (la razón ética) por lo racional (el pensamiento técnico-instrumental)”, lo que mina a la universidad en su misma entraña vaciándola de su función crítica y de su valor social.

¿Cómo lograr la reconstrucción de la unidad del saber y su consiguiente dinamismo originario? La Filosofía y la Teología se disputaron en tiempos el papel integrador del saber; la crisis de la metafísica y el pluralismo teológico han rebajado las posibilidades de estos dos referentes unificadores. Con todo, “un cultivo serio de la Teología” –“en diálogo científico con otras Facultades”- y la Filosofía, entendida “como esfuerzo de interdisciplinaridad”, pueden ayudar a recomponer la “coherencia del saber” y dar respuesta a los graves interrogantes con los que se enfrenta la universidad.

II.2. “IDEA” DE UNIVERSIDAD E INTERDISCIPLINARIDAD

La INTERDISCIPLINARIDAD se presenta como el único medio importante para superar la dispersión de los saberes y sus peligrosas derivas técnico-instrumentales.

Pero la interdisciplinaridad sólo será viable si en el centro de la investigación y docencia se mantiene viva *la pregunta y la preocupación por el hombre*, es decir, si investigación y docencia convergen en una preocupación ético-humanista; porque –sentencia Kolvenbach no sin cierta audacia- *“el verdadero objeto de investigación es el hombre”*.

II.3. “IDEA” DE UNIVERSIDAD Y UNIVERSIDAD JESUÍTICA.

Si esta preocupación es propia de *toda* universidad, el distintivo de una universidad *católica* y *jesuítica* es, en primer lugar, que en ella “la enseñanza y la investigación *no son siquiera concebibles* sin esta coherencia de los saberes en la realidad misma del hombre”; y en segundo lugar, que la idea central de ‘*hombre*’ sólo resulta integralmente definible por referencia al misterio del Hombre-Jesús.

II.4. UNIVERSIDAD DE DEUSTO

En tono de obligado reconocimiento protocolario, destaca un cuadro de valores que, si bien se ordenan a elogiar la trayectoria histórica concreta de Deusto y su perfil actual (como en ocasiones similares), constituyen un inventario y un *test* de calidades de validez general para toda universidad jesuítica, dentro de su propio contexto:

Ilusión, tenacidad y creatividad. Fidelidad a las raíces, flexibilidad y adaptación al cambio. Colaboración con la sociedad civil. Anticipación al futuro y “capacidad protagónica configuradora” de la existencia humana y social...

Y sobre todo, su atención y servicio al hombre: al “cercano de su país” y “al lejano” (a todo hombre), en coherencia con su “esencial vocación de *universidad geográfica y cultural*”.

2. CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD DE DEUSTO

“Sería tarea de la Universidad atemperar esta diversificación, frecuentemente correlativa a una creación de compartimentos cerrados, mediante un esfuerzo de interdisciplinaridad... al servicio de la cultura general del estudiante”.

1. No puedo empezar mi intervención si no es expresando mi satisfacción por encontrarme participando activamente en las celebraciones del Primer Centenario de esta Universidad de Deusto. Agradezco vivamente a las autoridades de la misma que me hayan abierto generosamente la puerta a esta participación. Con mi presencia y mi actuación, deseo expresar aquí públicamente mi sincero aprecio por la obra realizada en la Universidad.

2. Estos primeros cien años de su historia han sido años cargados de ilusión, de creatividad en muchos momentos y de una gran tenacidad siempre. Si hoy estamos tratando de impulsar, con nuevo sentido y nueva fuerza, la colaboración de la Compañía de Jesús con otras personas interesadas en unas mismas actividades y en unos mismos objetivos y fuertemente motivada para ellos, la fundación de la Universidad de Deusto nos ofrece, hace ahora un siglo, una muestra ejemplar de esa colaboración, con la constitución legal de aquella sociedad *“La Enseñanza Católica”*, que fue la promotora de la fundación. Y si hoy, como siempre, estamos tratando de ser creativos y de anticiparnos al futuro en el descubrimiento de las verdaderas necesidades humanas y en la articulación y ofertas de auténticas soluciones de las mismas, la Universidad de Deusto vuelve a presentarnos muestras fehacientes de esa creatividad con la implantación reiterada de nuevos estudios, en momentos en que la demanda social de los mismos aún no se había configurado con perfiles totalmente definidos, pero que habría de concretarse y de afirmarse después de modo gradual y progresivo.

3. Ilusión y tenacidad siempre; virtudes tan características de este pueblo y de esta tierra, que han hecho posible que la Universidad, en un medio tan difícil, desde un punto de vista jurídico y estructural, hasta no hace mucho tiempo, para las instituciones no estatales de enseñanza superior, haya podido no sólo sobrevivir estos cien años superando notables dificultades, sino arraigarse progresivamente y desarrollarse, particularmente en los últimos veinticinco años, de modo sorprendente y espectacular. Ilusión, creatividad y tenacidad, traducidas y expresadas en una flexibilidad constante, que la han permitido acomodarse a los profundos y decisivos cambios sociales que se han verificado, a lo largo de los

últimos cien años, en el País Vasco, en toda España y en el mundo entero. Quien conociendo, aunque no fuera más que someramente, la historia de Deusto desde sus comienzos hasta el momento presente, tuviera la capacidad y la audacia imaginativa de comparar con realismo de detalles el Deusto de 1886 -con sus noventa alumnos, todos internos, que llevaban un género de vida y un sistema de estudios calcados en los seguidos por los propios estudiantes jesuitas- con el Deusto de 1986 convertido en una auténtica Universidad de masa, con sus numerosos centros de estudios y sus más de 10.000 alumnos en los estudios de Facultades y más de 15.000 en otros estudios, asimilada en el rigor de métodos y planes universitarios a cualquier universidad de la mejor tradición académica, conservando al mismo tiempo el núcleo esencial del ideario y del proyecto universitario del primer momento, difícilmente podría dar crédito a sus ojos. Y, sin embargo, ello es una realidad. Todo ello fruto de una intrépida flexibilidad, que ha hecho que Deusto respondiera en cada momento, venciendo el peso de la inercia que, como a toda institución, le ha ido siempre acompañando, a los retos que la historia le presentaba sucesivamente. Gracias a ello ha podido producir y da hoy esperanza firme de poder seguir produciendo frutos tan beneficiosos para la sociedad, y por su índole peculiar, también para la Iglesia.

4. Por todo ello no puedo menos de expresar aquí mi profundo y amplio homenaje de admiración y de reconocimiento, justamente merecido, a todos los creadores de esta historia: a los miembros de la Compañía de Jesús, desde los precursores de Anceis y La Guardia, en Galicia, hasta los que hoy día sostienen el peso de la institución en todas las facetas de la vida de la misma; a los colaboradores de todo tipo, en el gobierno de la Universidad, en la investigación y la docencia y en todos los demás servicios necesarios para el desarrollo de la actividad universitaria, a los bienhechores que, en el ejercicio de la autoridad pública en la sociedad o en la Iglesia o por pura y generosa iniciativa personal, le han brindado su apoyo, su tutela y su amistad; a las numerosas familias que le han confiado la educación universitaria de sus hijos; a los antiguos alumnos, que han honrado el nombre de la Universidad y lo han llevado a los diversos ámbitos de la vida social, política y económica, convirtiéndose en sus mejores propagandistas y comunicadores de sus logros y de su calidad. A todos, hoy, nuestra gratitud y nuestro reconocimiento, poniendo por delante y siempre al Señor de la historia y dador de todo bien, a quien en definitiva, se debe cuanto de apreciable y provechoso ha podido realizarse en el primer siglo de la historia de esta Universidad de Deusto.

5. Considero muy acertado el haber dado una clara preponderancia a los actos estrictamente “académicos” en el conjunto de las celebraciones del Centenario de la Universidad. Con ellos, ésta ha querido rendir homenaje a los forjadores de su historia y hacer, al mismo tiempo, una profunda meditación sobre sí misma y sobre sus tareas esenciales, en diálogo con pensadores y especialistas propios y procedentes de otras instituciones, para proyectarse con mayor lucidez y mayor decisión sobre el futuro que la espera, prefigurado y presentido ya en los signos caracterizadores del presente. Así, después de haber considerado “los grandes avances del conocimiento”, han ido desfilando sucesivamente, formuladas por competentes e ilustres profesores, las actuales preocupaciones en torno al hombre del futuro como sujeto económico, cultural, político y religioso.

6. Todas esas preocupaciones, cuyo sedimento constituye una componente complejísima pero ineludible, de la vida y de la cultura actual, plantean a la universidad una serie de interrogantes, a los que es preciso responder en un inexcusable servicio al hombre y a la sociedad. ¿Qué debe hacer la Universidad frente a los problemas que hoy afectan al hombre en el ámbito económico, político, cultural y religioso? ¿Tiene la Universidad capacidad de respuesta a esos interrogantes o está absorbida exclusivamente por las demandas funcionales, que derivan de las innumerables apetencias momentáneas, que a su vez, encubren los verdaderos problemas con los que el hombre tendría que seguir conviviendo, sin poder beneficiarse de su solución? ¿Es hoy la Universidad una institución con capacidad protagónica, creativa y configuradora de la existencia humana o tiene que resignarse a ir a remolque de la historia, registrando modesta y fielmente su evolución y aspirando, a lo más, a reaccionar tardíamente a los acontecimientos que independientemente de ella se producen?

7. Estas o parecidas son probablemente las preguntas que en estos últimos días habrán ocupado a los participantes en este Congreso final de los actos académicos del Centenario.

8. Quisiera, por mi parte, aportar una sencilla reflexión personal y unirla a las otras, sin duda más doctas, más profundas y más documentadas, que la habrán precedido. Una reflexión -así lo deseo- que no sea ninguna última palabra ni cierre el camino a ninguna otra, sino simplemente se sume a las demás para iluminarlas y potenciarlas, sin que se pierda nada de ellas, en bien de la Universidad de Deusto y de su futura andadura.

9. Con un gran riesgo de equivocarse, el especialista de la etimología no puede dejar de descubrir, en los cambios semánticos, posibles reflejos de una evolución en la sociedad humana. Así, no le resulta indiferente que la palabra “universitas” no encuentre su origen en el interior de una institución académica, sino en la organización de la sociedad. Lo que será más tarde “*universitas*” era originariamente un “*studium generale*”, y es una de las guildas, una de estas corporaciones que constituían la sociedad medieval, la que llevaba el nombre de “*universitas*”. Apoderándose esta corporación del “*studium generale*”, dará a la institución académica el nombre de “*universitas*”. En la compleja historia de esta palabra, donde tantos aspectos quedan aún por esclarecer, es, sin embargo, claro que la institución académica se sirve del *etymon* de “*universitas*” para expresar o bien el carácter internacional del cuerpo estudiantil, o bien el derecho del cuerpo profesoral a enseñar en todas partes, o bien el carácter universal del programa de estudios. Ya John Henry Newman, para elaborar su ensayo *La idea de universidad* (1852), compilaba las definiciones de la universidad para mostrar que, recibiendo de la sociedad el nombre “*universitas*”, la institución académica interpretaba la palabra para definirse como el lugar de una ciencia que es universal, en modo alguno por una acumulación cuantitativa de saberes o por una unión administrativa de facultades y de institutos diversos, sino por la universalidad cualitativa que testimonia la unidad fundamental de todas la ciencias. De este modo la palabra “*universitas*”, poco importa su larga y complicada historia, queda como un desafío, como un ideal del que la institución académica deriva su razón de ser indispensable, pero del que surge también su mala conciencia de no realizar más que en discursos de circunstancia el proyecto universitario que la sociedad humana presenta y también el mundo científico parece contrarrestar y hacer posible.

10. Esta llamada a la unidad de las ciencias que el título de universidad proclama parece anacrónica en un momento de la historia que está más bien caracterizado por la fragmentación de los saberes. Esta es probablemente la experiencia de cada uno de nosotros como universitarios, al haber visto, en el interior de nuestra propia especialidad científica, no solamente la acumulación de datos nuevos que tienden a provocar la explosión de nuestra materia, sino sobre todo, un radical cuestionamiento de toda visión unitaria o de toda teoría globalizante.

11. Sería precisamente la tarea de la universidad atemperar esta diversificación, frecuentemente correlativa de una creación de compartimentos cerrados, mediante un esfuerzo real de interdisciplinaridad o por la recuperación de una especie de

“studium generale” de base, al servicio de la cultura general del estudiante. Pero es preciso afirmar aquí que la universidad como *“alma mater”*, que por la transmisión de un *saber* educa también un *saber-hacer* para acceder a un *saber-vivir*, queda reducida a un mito, bajo la presión de la sociedad presente, que, al pasar de una sociedad tradicional a una sociedad industrial, asimila a los hombres y las cosas a la gestión tecnocrática de lo utilitario y de lo racional.

12. Si a partir de la Edad Media, la Iglesia, como encarnación de la fe, el Estado, como concretización del derecho, y la Universidad, como alto lugar de la razón, estructuran la sociedad humana, la lenta pero segura sustitución de lo razonable por lo racional mina la universidad y mina su función crítica y su valor social. Desde el siglo XVI, un profesor de Anatomía, llamado Francois Rabelais, sentencia que la ciencia sin conciencia es un puro socavar el alma. Lo racional, que no significa otra cosa que confundirse total y exclusivamente con el desarrollo de la técnica y de la tecnocracia, o adaptarse únicamente a las leyes del mercado de trabajo y del puro rendimiento económico y financiero, socava, para retomar en sentido moderno la palabra de Rabelais, lo razonable, que es el hombre y su sociedad humana. Justamente el desafío de la universidad consiste en orientarse, a través de lo racional, hacia lo razonable; en tomar, a través de toda la investigación y de toda reflexión, como su verdadero objeto, al hombre y su sociedad humana.

13. Citando a uno de mis colegas lingüistas: “Es posible que el hombre tome un día conciencia del peligro mortal que las aplicaciones salvajes e interesadas de numerosos resultados de la investigación en ciencias exactas hace correr a su existencia y a su entorno natural. Es posible también que él tome conciencia del desfase entre la debilísima evolución de su cerebro, después de doscientos mil años, y los fantásticos avances de su conocimiento del mundo”.

14. En efecto, este desfase implica muchos interrogantes, éticos y también intelectuales. Es precisamente la universidad la que, viviendo las implicaciones, de parte de su propia razón de ser, lanza al hombre, sin relajar el esfuerzo que él despliega, a descubrir las leyes de lo racional, controlando y criticando sus aplicaciones y a equilibrar razonablemente, es decir, humanamente, este esfuerzo mediante una mayor atención a lo humano, que constituye el objetivo de las ciencias humanas. Inscribiendo así en su nombre de universidad la exigencia científica de la armonía de las ciencias exactas y de las ciencias humanas, la

universidad no se hace presa de una quimera, sino se impone una temeridad, sin duda, que prohibirá a la sociedad humana evolucionar hacia una sociedad en que lo humano no es más que una abstracción o una palabra sin contenido.

15. Esta armonía o este equilibrio se orientan hacia el reconocimiento del hombre mismo como integrador de los saberes y las ciencias en la “universitas”. Hubo un tiempo en que la Filosofía y la Teología se disputaban la función integradora de los saberes. La crisis de la Metafísica priva todavía hoy al saber humano de una filosofía dominante y priva por esa misma razón a la universidad del poder unificador que la filosofía podría tener. Por su parte, la teología se enfrenta al desafío del pluralismo teológico que, no solamente comporta, bajo la influencia del Concilio Vaticano II, una remodelación de los contenidos, sino también una modificación del hacer la teología, que interesa más y más a públicos y grupos sociales que en tiempos anteriores no solían frecuentar las aulas de una Facultad de Teología.

16. En plena búsqueda prometedora, un cultivo serio de la Teología, en la forma académica más apropiada en cada caso, puede contribuir más que nunca a lograr esta armonía o unidad de las ciencias, siempre que no reivindique el monopolio de esta exigencia universitaria. Eso sería una contradicción *in terminis*. Es preciso más bien poner de relieve un doble movimiento existente al interior de la universidad, que no hace más que reflejar las preocupaciones de la sociedad humana: de una parte, en las investigaciones, cada vez más avanzadas técnicamente, la búsqueda de sentido plantea las cuestiones más fundamentales concernientes a la vida y a la justicia, a la muerte y al trabajo, a la libertad y al derecho -problemas insolubles por vía de la técnica-; de otra parte, la Iglesia, proclamando su fe en relación con los problemas del desarme y de la liberación, de la bioética y de la homosexualidad, estimula a la Teología, en el seno de la universidad, a profundizar, sin duda, su propio saber, pero también a iniciar, en diálogo científico con las otras Facultades, la solución de los problemas que preocupan a la universidad, cuyo verdadero objeto de investigación es el hombre. En este sentido, de creer a ciertos autores, la Filosofía encuentra su función indispensable en el interior del esfuerzo universitario si, como cuerpo de doctrina, ella se realiza precisamente como un esfuerzo de interdisciplinaridad.

17. Es de lamentar que la interdisciplinaridad, el único medio importante para salir de la dispersión de los saberes y de la compartimentación de las materias, sea considerada todavía como una especie de lujo, reservado a reuniones de profesores o

únicamente al ciclo de doctorado. La interdisciplinaridad, practicada en la enseñanza, no deja de plantear problemas pedagógicos: ella corre el peligro simplemente de recargar enciclopédicamente la memoria de los alumnos o de educarlos en una relativización escéptica de todo saber, si no es propuesta, didácticamente, con un rigor científico que se abre al problema integral del hombre a través de toda forma de saber. La interdisciplinaridad, en efecto, no debe reforzar la impresión de la heterogeneidad de los métodos y de los saberes, ni de la incompatibilidad de los diversos caminos científicos. Sin ser una varita mágica, la interdisciplinaridad debe desembocar hacia una coherencia del saber que, partiendo con todo rigor de la especialización científica de un solo aspecto de la realidad, lo sitúe con el mismo rigor en el marco de la autorrealización humana, indivisa al hombre, e incluso del cristiano. Si la sociedad impone la especialización en lo que parece industrial y económicamente utilitario y racional, la universidad, por su propia vocación universitaria, no puede asumir el régimen de la yuxtaposición de las enseñanzas y de la fragmentación de la materia más que reaccionando a ellas por un régimen de confrontación y articulación de los saberes, por medio de la interdisciplinariedad.

18. Es aquí donde es preciso dar todo su sentido al término "universitario" con la ayuda de la Filosofía. Porque la universidad, como unidad y coherencia de las ciencias, de todas las ciencias, no está jamás acabada: ella es siempre una tarea siempre abierta a las nociones de responsabilidad y de libertad de los que se llaman universitarios. La universidad, como universal del saber, subsistente en sí mismo, no existe: hay que crearla y recomenzarla siempre, "universalizando" las ciencias particulares, que son las únicas que existen. Ya Newman protestaba contra una concepción de la universidad como recuperación cuantitativa de todos estos saberes particulares que se enseñan en el campo universitario: la universidad vive de la producción de unidad, relativizando cada uno de los saberes por relación a lo universal y asegurando las relaciones entre los diversos saberes. Pero la universidad no puede sostener este movimiento hacia lo universal más que en la medida en que los responsables -todos los universitarios- consideran su saber, su especialización y su particularidad con un estilo y con una actitud de fondo que se orienta hacia la universalidad del hombre mismo, de su sociedad y de sus valores. En este sentido, la universidad es una realidad académica de mediación que hace existir los diversos saberes y las diferentes ciencias, de ningún modo en un aislamiento mortal, sino como diferentes significantes de la coherencia fundamental del hombre.

19. La preocupación de una universidad de este tipo no es exclusiva de una universidad católica ni de la tradición educativa jesuítica. La diferencia entre la universidad católica y otra que no lo es consiste en el hecho de que en aquella, la enseñanza y la investigación no son ni siquiera concebibles sin esta coherencia de los saberes en la realidad misma del hombre, sus valores y su sociedad. Ser universitario de una universidad católica es una tarea a realizar como profesor e investigador, como estudiante y directivo, insertando la particularidad propia de cada uno en el universal a crear. Pero para una universidad católica, este universal a crear queda inacabado sin el conocimiento del misterio de la Encarnación humanizadora de Dios en Cristo y divinizadora del hombre por el don del Espíritu. Esta transfiguración, que continúa entre nosotros, salva al hombre como integrador de todo saber y de toda ciencia. Es esta transfiguración la que hace de la tarea universitaria una tarea humana y divina y la que anuncia que, a través de la diversidad prodigiosa de las técnicas y de la ultracentrifugación de los saberes, la idea de la universidad, que es la realización integral del hombre, se nos revele como posible.

20. Estoy seguro de no equivocarme si pretendo que esta visión de la tarea universitaria es exactamente la que se expresa en el “Proyecto Universitario” que la Universidad de Deusto formula como Carta Magna, al principio de sus Estatutos, principio inspirador y guía de todo su quehacer y su funcionamiento. En ella, en efecto, leemos: “En consonancia con el impulso que la fundó, la Universidad de la Iglesia de Deusto pretende en nuestros días servir a la sociedad, en particular a aquella en la que está enclavada, mediante una contribución específicamente universitaria y a partir de una visión cristiana de la realidad”. “Esta visión cristiana la lleva a creer que el hombre es la meta y el fin de la cultura”. “Pretende, por lo mismo, el diálogo de esa sabiduría anterior con la conciencia actual y convoca a los diversos saberes a encontrarse desde el interés por el hombre”. “Su preocupación por el hombre la apremia a no contentarse con conocimientos puramente teóricos. Desea también que la humanidad se renueve e intenta, en consecuencia, que su imprescindible trabajo académico de teorización se mantenga en permanente referencia a la sociedad y contribuya a transformarla”. “Esta primacía del hombre hace, por fin, que esta Universidad conciba la vida universitaria no sólo como un concierto de saberes, sino también como una comunidad de personas y de grupos”.

21. La coincidencia sustancial entre lo dicho anteriormente y esas afirmaciones programáticas de la Universidad me parece evidente y su comprobación es, a la vez que una gran sorpresa, motivo de

profunda satisfacción. Me alegro de haber hablado a la Universidad en su propio lenguaje y de haberle dado espontáneamente un impulso precisamente en la dirección en que ella ha querido caminar y quiere seguir caminando. Y me alegro vivamente de que este camino sea el que creemos ser el de una verdadera universidad y, específicamente, de una universidad de la Iglesia.

22. Sólo deseo, para concluir, confirmarla y afianzarla en ese camino. La rica y singular experiencia del primer centenario, con sus notables logros y con sus deficiencias, da contenidos y resonancias concretas a las formulaciones genéricas en que nos hemos expresado. Creo concretamente, que las numerosas innovaciones que se han producido en la Universidad a lo largo de los cien años pasados, han venido inspiradas e impulsadas por la fuerza de su compromiso fundamental con el hombre. La Universidad de Deusto tiene que seguir esforzándose permanentemente, con claridad y con rigor, particularmente como Universidad que es de la Iglesia, “experta en humanidad”, en continuar buscando y formulando, a través de su labor académica debidamente orientada, respuestas válidas a las permanentes y cambiantes inquietudes, interrogantes y ansiedades profundas del hombre, de todo hombre: del cercano de este su país Vasco, que le sirve de suelo vital y que se encuentra actualmente en una inquietante encrucijada de su historia y al que la Universidad de Deusto se debe especialmente, y del lejano, de cualquier hombre, ya que una Universidad no puede, sin negarse a sí misma, renunciar a su esencial vocación de universidad geográfica y cultural, aunque se sienta especialmente comprometida con su entorno próximo.

23. Esta es la Universidad de Deusto, que, junto con todos nuestros colaboradores en ella, quiere la Compañía de Jesús para el futuro y por la que apuesta decididamente. Con ella piensa que, si se mantiene fiel a su espíritu, en constante y creativa respuesta a los nuevos retos de la historia, prestará modesta pero eficaz y desinteresadamente al hombre, a la sociedad y a la Iglesia el servicio que en cada instante necesitarán. Para esto pensad siempre más, mucho más, en ellos que en vosotros mismos y en la propia institución. Haciéndolo así es como la Universidad de Deusto se realizará como universidad y hará vida y realidad tangible y consistente su “Proyecto Universitario”, acogido y ratificado por la Iglesia que la erigió, al servicio del hombre, de su bien integral, como imagen y semejanza de Dios y, por ello, también a la mayor gloria de Dios.